

acerca del hermano" (p. 47-50) o "Felisberto: tiempo oscuro" (p. 77-80) de desarrollo más complejo y ambigüedades muy eficaces.

En unas "Notas sobre la poesía hispanoamericana actual" (INTI, Nos. 18-19, Otoño 1983-Primavera 1984), decía Pedro Lastra que los cuatro rasgos distintivos de la poesía actual, en hispanoamérica, serían 1. "la aparición del personaje, de la máscara o del doble en el espacio poético". Transformación del sujeto poético, despersonalizando el hablante. 2. "Recurso a la narratividad". 3. "Recurso a la intertextualidad". 4. "Reflexión sobre la literatura dentro de la literatura". Con palabras de Vicente Huidobro: "una poesía escéptica de sí misma".

Algo de todo ello hay en este tercer libro de poemas de Darío Jaramillo. Su apelación a una máscara, a un doble, a ese hermano imaginario, ya presente desde su primer libro, *Historias*, 1974, y que aquí alcanza su culminación expresiva. Su capacidad, explícita en su novela *La muerte de Alec* (Bogotá, Plaza y Janes, 1983) para manejar los recursos de la ficción. También en ella un texto de Felisberto Hernández sirve como desencadenante textual de la muerte que menciona el título. Este recurso a la intertextualidad se confirma y acentúa ahora al titular la última parte de este libro "Colección de máscaras". Allí donde Scott Fitzgerald y Salinger, Barba Jacob, Platón y Heráclito le permiten hablar de sí mismo a través de palabras no del todo ajenas. Y, claro está, el mantener una aguda conciencia de esa "letanía incolora" (p. 53), de ese "claroscuro del éxtasis y la cavilación" (p. 84), al cual su poesía se enfrenta, con renovado vigor. De allí se nutre. Gracias a esa duda de sí misma crece, y se mantiene. Quizás, por ello, en la segunda parte de su libro, "Escenas de la vida diaria", "la amarga poción de tu cautela" (p. 39), esas zonas anestesiadas de sí mismo "convirtió en su ternura en una especie de indolencia" (p. 80) son trascendidas por la civilidad de la convivencia familiar, "sonriéndonos con afecto y respeto y lejanía" (p. 43) —o resultan superadas como en el caso del poema dedicado a Felisberto Hernández, gracias a "un coraje ciego que actuaba por él" (p. 77) o como en el poema referido a su hermano imaginario, reconociendo en él al "desatado de toda obligación que no sea su instinto" (p. 48).

Coraje ciego, instinto: son ellos los que combaten la indolencia, haciendo de su curiosidad por saber como se pudre, una forma válida de conocimiento. "Importaba solamente saber con claridad su horror" (p. 77). Por ello, "seguro de mi tiniebla y del resplandor ajeno" (p. 83) sus textos llegan a convertirse en emisores de sentido, convincentes y diáfanos. Los 10 poemas de

la tercera parte de su libro, "Del nostalgia", lo atestiguan sin ninguna reticencia. En ese ámbito "de pétalo y cristal, de mineral y teca" (p. 59) se reafirma una palabra seca y no por ello menos cálida. Una palabra escueta pero dotada de una luminosidad infatigable, que perdura y mantiene su resonancia, sin ningún altibajo. Son ya ámbitos encantados. En ellos sus mecanismos de composición son visibles, sus ideas también, pero el resultado asume todo ello, dejándonos en suspenso, voluntariamente ajenos a cualquier incredulidad. Esa poesía habla así y ante ella cualquier glosa resulta superflua: Como lo dijo Rodó en su ensayo sobre Darío (1899): "Transcribir es una manera de juzgar"

J. G. Cobo Borda

"Diluir la memoria en una especie de estupor anhelante, picaflor sin urgencias que enumera los lugares más tibios, alelada memoria, la muy frío espejo del calor de otro entonces, memoria que pregunta cuanta materia de mi cuerpo queda de aquellos cuerpos míos que vivieron cada alucinación y cada asombro, cada cosa que hoy es nada y aún menos que nada si es palabra" ("De la nostalgia 3", p. 57).

## Memoria de los Sueños

Madrid-Malo, Néstor

Bogotá: Plaza y Janés, 1985

Jaime Mejía Duque  
Bogotá

El volumen antológico de la poesía de Néstor Madrid Malo, *Memoria de los sueños* (Plaza y Janés, 1985), reúne los poemas selectos de cinco libros sucesivos: *Los sueños recobrados* (1949), *Memoria de los sueños* (1959), *Poemas italianos* (1967), *Navegante del sueño* (1976), y *Soledad del canto* (1984). Noventa poemas, distribuidos en cinco secciones. La fructífera continuidad del lirismo de Madrid Malo aparece pues en este libro a la luz de sus mayores logros.

Desde la violencia política de los años cuarenta, plasmada en el poema inicial de la serie, *Elegía universal*, hasta las íntimas cavilaciones bajo el presentimiento de la muerte, habiendo celebrado antes los esplendores, las nostalgias y los paisajes de Roma y sus campiñas; y el amor y la niñez y la añoranza de la patria; la amistad y las primeras dudas... Todos los momentos de la existencia del hombre y el poeta alcanzan aquí su epifanía.

La fuerza descriptiva y evocativa de los ocho sonetos y los tres poemas en cuartetos, dedicados a Roma e Italia, caracterizan a nuestro juicio uno de los pasajes más entusiastas, perfectos y memorables de este conjunto.

Para llegar al corazón de Roma  
me basta a mí una escala, la que asciende  
de Trinitá dei Monti, donde emprende  
la mansa luz su tránsito de aroma.

(*El corazón de Roma*)

El recuerdo etéreo del poeta inglés Keats, cuyos despojos reposan en algún cementerio romano, motiva el soneto *Escrito en el agua*: “Nada enuncia en la piedra luminosa / el nombre taciturno del poeta. Ni un signo que recuerde su silueta, / ni la sombra tronchada de una rosa (...).”

El soneto, cuya forma, por lo rigurosamente limitada y acompasada fácilmente llega a hacerse monótona, decorativa y externa, constituyó siempre una doble prueba para la inspiración y las habilidades técnicas del poeta. Quizá no haya desde el Siglo de Oro uno solo entre los mayores poetas de nuestra lengua, de quien pudiera decirse que permaneció inaccesible a las tentaciones del Soneto. También la poesía colombiana ha podido ofrecer desde sus albores un cultivo eminente de esa forma, hasta el punto de que nos parece bien posible cosechar —aún aplicando en la tarea el rigor más despiadado— toda una antología del Soneto en Colombia, con el resultado de varias decenas de piezas deslumbrantes.

Madrid Malo tampoco elude el desafío. Sonetos suyos como los titulados *Micenas*, *Soneto a la rosa*, *Soneto a Rimbaud*, *La Dama de Elche*, entre otros; y por supuesto no pocos de los de la serie sobre temas italianos, merecen especial mención por su lirismo de buena ley bajo la severidad del canon de los catorce versos. En atención al lector más escrupuloso, he aquí el soneto que Madrid Malo ha dedicado a las ruinas de Micenas: “*Un paisaje color de tierra impura, / de arcilla funeraria y polvo ciego, / que concita a total desasosiego / al mirarlo quemán-*

*dose en su altura. // Una planicie que en su fin perdura, / congelada de sol y turbio riego, / donde piedra y furor y cielo griego / tejieron una historia de pavora. // —Y unas ocre colinas y unos muros / tranquilos bajo la épica embestida/ del tiempo y de sus tétricos conjuros. // —Y también una tumba conmovida, / desierta estela donde en siglos duros / reposara la sombra del Atrida”.*

La obra culmina con el poema SOY, especie de autodefinition simbólica del poeta, cuyas alusiones remiten a la parábola entera de sus trabajos y sus días, desde la infancia y sus imágenes fundadoras, hasta las viscerales nostalgias de la madurez colmada de reflexiones y renunciamentos: “*Soy un proyecto que sin fin perdura/ Un cúmulo de sueños proseguidos/ Un río desahaciéndose sin término/ Unos ojos muy verdes a mi lado/ Una voz construida en el silencio (...)* Una canción materna siempre oída/ Un recuerdo nocturno de mi padre/ Una visita a Etruria sepultada/ Un tren atravesando la llanura/ Un libro que no he escrito y que me espera/ Un disparo en el alba de mi sangre/ Una búsqueda insomne de secretos (...) Un patio donde almendros florecían/ Una cumbre entrevista en la mañana/ Un corazón creciendo hacia la muerte/ Un mar en el recuerdo contemplado (...).”

Una vez recorrido el conjunto de la obra lírica de Madrid-Malo, hasta el presente, en la antología preparada por el mismo poeta, quedarán en nuestra memoria no pocos logros rotundos a los que, como ocurre con todo poema verdadero, habremos de volver en búsqueda de nuestra propia vivencia.

Habiendo sido testigo y contemporáneo de muchas tendencias o “escuelas” que desde los años cuarenta han marcado a la poesía colombiana, Néstor Madrid Malo —según la impresión que nos queda tras de abarcar la totalidad de su periplo— *no se inscribe al fin en ninguna de ellas*. En este sentido, su poética es intencionalmente intemporal.